

LA URNA DE CRISTAL

En la vida de mi padre juegan un papel muy importante las plantas. Es decir, mi padre las ama, mi padre les dedica largas horas de preocupación, es un gran estudioso de todo aquello que tenga que ver con ellas. Tengo la plena certeza de que si no hubiera sido porque aquella tarde descubrió el tumor del tronco de Brasil, que se encuentra situado junto a la mesita donde mi madre guarda sus revistas de arquitectura, él jamás se hubiera despertado súbitamente a las cuatro y media de la madrugada. Nunca antes lo había visto tan preocupado. Se encontraba tan nervioso que mi madre llegó a temer que rompiera la urna de cristal bajo la cual el Tronco del Brasil había encontrado la protección necesaria desde el día que mi padre lo trajo a casa. No sabía donde ponerla. Mi madre tuvo que saltar desde el sillón para cogerla antes de que se le escapara de sus manos temblorosas. Jamás antes había visto ni oído algo parecido. De la parte inferior había surgido otro pequeño tronco del Brasil.

Al encender la pequeña lámpara de su mesita de noche miró el reloj-despertador que mi madre le había regalado la nochebuena anterior. Se encontraba demasiado inquieto para seguir durmiendo. Apagó la luz para no desvelar a mi madre y se incorporó despacio dejando atrás su hueco en la cama. Con los pies buscó sus zapatillas. Caminando del modo más silencioso que pudo, tratando de no golpearse con ninguno de los muebles, logró abrir la puerta de la habitación sin que mi madre sintiera que mi padre, dominado por el insomnio, la dejaba allí sola.

Fue un golpe excesivo. Ofensivo. Increíble. ¡Su única hija de diecinueve años no estaba durmiendo en su cama! Quedó confundido, como si hubiera sido despertado de un sueño violentamente, como si lo hubieran empujado al vacío de las noches urbanas, de forma que cuando recuperó la consciencia de la situación no supo cómo reaccionar.

Quiso correr por toda la casa para encontrarme lo antes posible. Deseaba verme tumbada en el sofá, metida en mi pijama, y durmiendo allí porque quería asistir a la llegada de los Reyes Magos desde la ventana antes de que entraran al portal de nuestro edificio, cargados de paquetes, para subir repartiendo los regalos solicitados. "Despiértate -me hubiera dicho. Si descubren que les observas pasarán de largo y no habrá regalos para ninguno de los tres. Métete en la cama. Debes descansar. Mañana querrás jugar todo el día".

Así lo hizo. Sin volver a cerrar la puerta de mi dormitorio, encendió la luz del pasillo. Una a una fue abriendo las puertas de las habitaciones de la casa. Encendía la luz y miraba dentro buscándome con sus grandes ojos furiosos. El ruido de puertas y paredes acabaría por despertar a mi madre. Ningún ruido nocturno penetraba las paredes de cristal.

La casa se encontraba vacía. Yo no me hallaba en ningún rincón escondida. Sólo había objetos -muebles, lámparas, cuadros,... y electrodomésticos desenchufados. Mi padre trató de clamarse. Se sentó en uno de los sillones del salón y puso la cabeza entre sus piernas, tratando de pensar la situación. Acariciaba sus cabellos con ambas manos, despeinándolos lentamente.

Nunca antes había visto a mis padres discutir. Debí figurarme lo que estaba a punto de suceder cuando mi padre se levantó con los ojos rabiosos y se dirigió hacia su cuarto. Al llegar mi madre ya se había despertado. Silenciosa sobre la cama vio cómo mi padre abría la puerta y sin soltar el pomo le gritaba que su hija todavía no había llegado a casa. El corazón le dio un vuelco. Se incorporó asustada siguiendo a mi padre -que continuaba gritándole- hasta mi habitación.

Todo se encontraba en aquel desordenado orden que yo había dejado antes de salir de marcha esa noche. En el rincón de la lámpara tenía amontonada mi ropa sucia. Mi padre, al descubrirla, se dirigió hasta la misma y, sin mediar palabra, dio un puntapié con tan mala fortuna que mis bragas, enganchadas a la pata de mi mesa de estudio, acabaron rotas. Observando lo sucedido se enfureció aún más y, gritando nuevamente a mi madre, que contemplaba asustada la escena desde la puerta, cogió la colcha y las sábanas tirando de ellas con gran fuerza. "¡Ves, aquí no está! ¡No ha venido a dormir!", Mi madre rompió a llorar, lo que hizo estallar nuevamente a mi padre. "¡A tu hija le importa una mierda lo que le digamos! ¡Ves! ¡Cien veces, cien veces le he dicho que no duerma con el equipo de música enchufado! ¿Y qué hace? ¡Pasar de nosotros!" Mi padre se sentía frustrado, impotente. Estaba allí, en pie, dentro de una habitación vacía, buscando de asumir lo sucedido. Siguió así incluso cuando comenzó a oír los gritos que mi madre le dirigía. Poco más podía hacer.

Un sentimiento doloroso le invadía, aturdiendo su entendimiento, desde el profundo interior de su cuerpo. "¡Tú, sólo tú tienes la culpa! ¡Tú que le dejas salir con quien sea sin

preocuparte en absoluto!" Palpitando, podía sentir en sus oídos el agitación de cada uno de las imágenes. Un jersey negro. El negro de mis pantalones. Mis botas de montaña. Mi pelo negro y largo. El negro de mis ojos fijos. "¡Acaso te has molestado en conocer sus amistades! ¡Te lo he dicho miles de veces! ¡Sola con nosotros! ¡Con su familia! ¡Con sus primas! ¡Nada de amigos, ni de novios! ¡Tú tienes la culpa! ¡Tú!". De niña entrando sonriente. Con mi camisa Cacharel. Mis 501. Mis Nike. Mi pelo recogido. Mi sonrisa. "¡Tú! ¡Solo tú!" Él cargando las bolsas de vidrio. Yo tirando de la caja de cartón, llena de periódicos y papeles. Abriendo el maletero del coche. Los dos riendo. Los dos recogiendo los periódicos del suelo. "¡Todo! ¡Todo se lo hemos dado todo! ¡Todo! ¡Nunca ha faltado de nada! ¡Si quería unos zapatos, una mochila, una camisa,... todo! ¡Sólo tenía que pedirlo!". Mi madre permitiéndome comer basura. Hamburguesas. Una pizza familiar de cuatro quesos. Mi madre permitiéndomelo. Él se lo había dicho y ella me lo permitía. Yo comiendo basura. Bolsas de patatas fritas y dos latas de pepsi. Mi madre. Mi madre me lo permitía. Él se lo había dicho. "¡Tú tienes la culpa! ¡Tu hija, tu hija nos va a matar a disgustos! ¡Tu hija! ¡Todo se lo hemos dado! ¡Para que nunca estuviera preocupada! ¡Nunca le ha faltado de nada! ¡Nunca!". Mi madre tenía la culpa. Ella. Ella me lo había permitido.

Mi madre se acercó llorando hasta que con los brazos pudo rodear el cuerpo de mi padre. Mi padre respondió a su abrazo. Los dos fundidos trataron de calmarse. Discutiendo no lo lograrían. Lo sabían.

Al separarse todo había terminado. Ellos no podían evitarlo. Yo no había ido a dormir, pero lo haría de un momento a otro.

Mañana hablarían conmigo como lo habían hecho siempre. Yo comprendería que no son horas de andar por la calle sola, mientras ellos estaban preocupados en casa por lo que pudiera sucederme. Yo comprendería que debo volver pronto a casa para poder descansar y disfrutar de un domingo en familia hablando de nuestras cosas y planeando junto nuestro futuro.

Casi había amanecido. Cuando salieron de mi habitación cerraron la puerta dejando atrás mi cama recién hecha y el equipo de música desenchufado. Mi madre llevaba bajo sus brazos mi ropa sucia. En la mano derecha mis bragas rotas. Lo llevó todo a la cocina. La luz estaba encendida y se dirigió a la cesta para dejar en ella los calcetines y la camiseta. Las bragas ya no se lavarían jamás. Tendría que comprarme otras. Al salir fue apagando todas y cada una de las luces de la casa. Despacio, como si nada hubiera acontecido, fue cerrando las puertas de la violencia. Deseaba que todavía no llegara. Si había decidido no llegar hasta el amanecer, ¿por qué no habría de tardar en poco más? No soportaría las miradas. Ya se había clamado, igual que mi padre esperándola acostado. La situación sería incómoda, por eso no le importaba que tardara diez o quince minutos más. El tiempo suficiente para volver a poner la urna de cristal en condiciones. El tronco del brasil no podía quedar una noche sin su protección.

FIN